

cena bella, aunque quizá un poco empolvada, á causa de verificarse en el camino.

Acto seguido, Tobías saca la hiel del pez, unta con ella los ojos á su padre, y, ¡oh pasmo! ¡oh maravilla!... *comenzó á salir la nube de sus ojos como la telilla de un huevo, y al punto recobró la vista.*

Vengo ya tan pasmado, que no me queda cantidad de pasmo disponible para hacer jeribeques delante de este milagro hepático-oftalmológico, realizado en medio de una carretera, delante de un perro que meneaba el rabo, el cual quizá se comió la telilla que Tobías hijo sacó á Tobías padre de los ojos.

De aquí en adelante el cuento marcha al trote largo á su terminación.

Recobrada la vista, Tobías dió gracias á Dios, esperó alegre á su nuera, y cuando ésta llegó se celebró un opíparo banquete, que duró siete días; porque aquellos venerables patriarcas, que tantos años estuvieron esperando en los infiernos la bajada á ellos de nuestro señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, jamás acertaron á honrar á Jehová sin degollar un carnero por lo menos y engullirsele tranquilamente.

Después consulta con su hijo lo que deberían pagar al mandadero de Azarías, que tan buena sombra para ellos había tenido, y convenidos en que le cederían la mitad de lo agradecido en el viaje (supongo que Sara no entraría en el acuerdo) le llaman aparte para remunerarle. A solas los tres, Azarías les descubre el pastel de su arcángelazgo, les echa un arcangélico discurso, y... *váse*, como en las comedias de magia, por escotillón. Tres horas tuvieron los dos Tobías pegada la cara al suelo, en señal de agradecimiento á Dios. La situación no era muy cómoda, que digamos... pero ponte lector en su caso, y si el primer mozo de cordel que te echaras de acompañante para Cangas ó Rivadavia, te resultara

á la vuelta el arcángel San Rafael en persona, domador del demonio que mataba á los maridos de tu mujer y desfacedor de los entuertos de una golondrina en los ojos de tu padre ¡qué no harías?

Capítulo XII y último. Versículo primero. «Y abriendo su boca Tobías el anciano...» ¡Crees que bostezó? Pues nada de eso. Le echa un speech á Jehová, con sus maldiciones y bendiciones de rúbrica, y los rigorrangos bíblicos de bien aventuranzas y mal aventuranzas, que termina siempre con esta palabra: amén.

Así que cierra la boca Tobías se acaba el libro que lleva su nombre, diciéndonos que después de recobrar milagrosamente la vista, vivió cuarenta y dos años. Por la cuenta estuvo ciego cuatro. Y conoció siete nietos que le proporcionó el otro Tobías, guapos muchachos, á quienes profetizó la ruina de Ninive, porque el exciego, amén de enterrador, dió en la flor, á última hora, de profetizar. Y, al fin y al cabo, se murió como otro cualquiera, despues de lo cual Tobías (hijo) se fué casa de su suegro, y á los noventa y nueve años se murió también.

De risa hay para morirse leyendo tanta tontería, tanta milagrería y tanta arcangélica zascandilería como la que hemos visto puesta en movimiento en este canónico libro por el estiércol, digámoslo así, de una golondrina.

LXXVII

¡Oh las mujeres, las mujeres! A mí,—ningún trabajo me cuesta confesarlo—me gustan todas en general; pero las dulces, las delicadas, las suaves de piel y de genio, las de caricias angélicas y arcangélicos suspiros en particular. Las hombrunas, llenas de pelos y callos por todas partes, de aires y aposturas asargentados, que lo mismo dan una bofetada que un beso, fuera los casos de extrema necesidad, de esa necesidad

que el vulgo dice tiene cara de cochino, y los eruditos que *caret lege*, de por la vida entera, suya y mía, las declaro bienes mostrencos, que mi pereza me guardará de intentar meter en el número de mis cosas particulares.

Consecuente con estos principios fundamentales de mi estética privada acerca del género femenino, cuando en la historia más ó menos sagrada me salta una dama célebre, más ó menos profana, la hallo simpática, atractiva, digna de loa y lauro, si se afamó por cosa propia de la gracia y delicadeza femeniles, del amor, que es el encargo directo que les encomendó la naturaleza, ó del arte, á que tan enérgicamente propenden sus facultades. Así es que Safo, de amores incendiarios, me admira; Beatriz, de ser algo más carnoso que la teología, me encantaría; Laura me entontece; Hipatia me deja absorto; Lucrecia me anonada; Magdalena, apesar del gatupério de la resurrección, me pone los ojos encandilados con sus sedosos y rubios cabellos, que son la más suave toalla que ha enjugado los pies de un galileo.

Por el contrario, las famosas por alguna barrasada, no se por qué, diga lo que quiera la historia ó leyenda que las celebre, aparecen en mi fantasía con todos los caracteres típicos del marimacho: anchas de cintura, llanas de cogote, rasgadas de nariz, cejijuntas, patilludas y de pelo crespo con vislumbres de cola de buey bermejo, á semejanza de la cabellera de Maritornes.

¡Y lo que es una preocupación! Ni el mismísimo Espíritu Santo, con ser autor tan autorizado por el concilio de Trento, y otros concilios, que acertaron á convertir sus trabajos literarios en mina inagotable de monedillas de cinco duros, me ha podido persuadir á que Judith no fuera un marimacho, que si usaba de perfumes era para disimular cierto olorillo á hombruno que la denunciaba.

Por que, mira tú, lector discreto, que una mujer que empieza por ser viuda, sin que conste la enfermedad de que muriera su marido, lo que abre un vasto campo de suposiciones á las imaginaciones librepensadoras, y luego se mete en un campamento de más de ciento cincuenta mil asirios, y allí se acomoda en la tienda del general en jefe y se pone á coquetear con él guardando el bulto, para sorprenderle dormido en su cama, borracho por añadidura, y cortarle bonitamente la cabeza, que mete tranquilamente en un saco para enseñársela después á sus paisanos agarrada por los pelos, sino es un marimacho... es un sargento de la Guardia civil.

Puntualizaré este cuento para que te convenzas, constándote desde ahora que esto de ser cuento la historia de este marimacho de Judith no lo digo yo, que lo dicen los protestantes, que por considerarlo así quitaron este libro de Judith de su *Biblia*, así como quitaron el de Tobías y otros... Porque aunque crédulos también ellos, hasta el punto de tragarse los elefantes aquellos del *Génesis*, y del Levítico, y de los Reyes, y de las Crónicas, no son tontos de remate, y hacen ascos á estas moscas de la baja literatura *espirituantesca*. Digo yo que entre creer que se paró el sol, que se partió el mar Bermejo, que de una piedra brotó una fuente, que retrocedió la sombra de un gnomon, y creer que una hembra brava le cortó la cabeza á un general borracho, me costaría menos trabajo creer esto último; pero los sabios reformadores del siglo XVI y sus partidarios del día opinan lo contrario. ¡Lo que es la teología! ¡Inclinémonos ante los altos juicios de los que la han cultivado, así en la frígida y plana Alemania como en la ardiente y montañosa Judea! ¡Oh! Excelsas y sapientísimas naciones. La una nos dió el Cristo, la otra le cortó el pelo. ¿Qué sería sin ellas la humanidad? ¿Qué podeis oponerlas vosotras, triste Grecia, pobre

Italia, ruin España, mísera Francia, nublada Inglaterra? La filosofía natural, el Arte, el Derecho, la América, la Revolución y la Locomotora ¿no es cierto? ¡Y qué valen esas pequeñeces, ante la sabiduría hebráica que afirma que el Espíritu Santo inspiró el libro de Judith y la sabiduría alemana que lo contradice!

Puntualizaré, dejándome de dibujos internacionales para meternos en bordados bíblicos.

Judith era de Bethulia, así como escribo, á la erudita, con t y h. ¿Pero dónde estaba Bethulia? Puedes colocarla donde más te acomode, pues ni el Espíritu Santo lo dijo, como que era cosa realmente interesante, ni nadie ha podido todavía averiguarlo. Lo más que te dirán los teólogos es, que caía hacia tal parte, ó debió estar hacia tal lado. Yo opino que existió solamente en la fantasía del que, sobre vagas tradiciones, forjó esta leyenda parecida á la de nuestro romancero. Tenemos, pues, que la tragedia bíblica tiene por escenario una ciudad, ó mítica, ó indeterminable.

La protagonista aparece viuda de un tal Manasés, que, sólo por conjeturas, se puede colocar en un tiempo cercano al del rey de este mismo nombre, si se han de creer ciertos versículos, y de creer á otros, en tiempo del rey que rabió, pues se acocean cronológicamente unos con otros como mulos de arriero descuidado. Y apunta esta otra: la tragedia que no se sabe dónde pasa, tampoco se sabe cuándo pasa.

Mas, si ignoramos esto, sabemos en cambio que hacía ya tres años y seis meses que Judith estaba sin marido cuando Holofernes, general de un rey asirio que tampoco sabemos á punto fijo quien fué, después de haberse comido *toda la tierra* sin dificultad alguna, se para delante de la imaginaria Bethulia, nada menos que con 150.000 hombres, para la niñada de hacerles confesar á los bethuliotas que no había más Dios ni más Santa María que Nabucodonosor,

que es el rey á quien se le cuelga en este libro el sambenito de tener un general de tan feo nombre y tan borracho y tan meleno como resulta el Sr. D. Holofernes.

A los varones de Bethulia naturalmente, á vistas de tantos soldados, se les arrugó el ombligo y decidieron entregarse para conservar la pelleja. Cuando andaban en estos cuerdos pensamientos; hete aquí que Holofernes, tomando vientos sobre los israelitas, pregunta á un tal Achior, jefe de los ammonitas, cómo se las arreglaría para subyugarlos.

Achior le dirige á Holofernes un discurso, que en prueba de mi lealtad comentarista, declaro que es lo mejor que he hallado hasta aquí en la *Biblia*, considerada en cierto modo como documento histórico. Ni el más pintado de catedráticos de historia de las Universidades españolas, explicará á sus alumnos lo sustancial del pueblo hebreo con más claridad que se lo explicó Achior á Holofernes. Esto prueba que no hay libro, por malo que sea, aunque sea la Santa *Biblia*, que no tenga algo bueno.

Oigamos, pues, respetuosamente á Achior.

«Ese pueblo (los hebreos) es del linaje de los »caldeos. Habitó primero en la Mesopotamia, »por que no quisieron seguir á los dioses de sus »padres (de los caldeos). Abandonando, pues, »las ceremonias de sus padres, que consistían en »multitud de dioses, adoraron á un sólo Dios del »cielo, el cual les mandó salir de allí (suprime á »Dios y su mandato y quédate con el hecho, lector amable) y morar en Charán. (Tierra de Canaán). Y como hubiese cubierto el hombre toda »la tierra descendieron á Egipto (suprime tú, »amable lector, como Achior, el cuento de José y »sus hermanos) y allí en el espacio de cuatro »cientos años se multiplicaron de manera que su »ejército no podía contarse (rebaja, lector, y quédate con que eran fuertes.)

»Y como los agravase el rey de Egipto, y los hubiese sujetado á trabajar en barro y ladrillos »para edificar sus ciudades, clamaron al señor »(porque se insurreccionaron á la sordina), é hirió toda la tierra de Egipto con varias plagas, »(hambre ó guerra civil ó exterior). Y habiéndolos echado (ojo al verbo) de sí los egipcios, y cesado de ellos la plaga, y como quisieran de nuevo cautivarlos y volverlos á su servicio, »huyendo éstos (un demonio que sujete á todo »un pueblo insurreccionado en siendo fuerte) el »Dios del cielo... (aquí aunque habla Achior »describe un judío y desbarra en milagros; por »tanto, corto la cita, que sigue afirmando la peregrinación por Arabia y la conquista de Canaán).»

Concluyó Achior su discurso aconsejándole á Holofernes que husmease si los israelitas le habían hecho alguna perrada reciente á Jehová, que en caso afirmativo los deslomaría, pero que de lo contrario no los acometiese, pues cuando Dios andaba de buenas con ellos eran invencibles.

—¡Diosecillos, á mí!—exclamó todo enfurruñado Holofernes;—aquí no hay más Dios ni más Santa María, más rey, ni Roque que Nabucodonosor; y para que á costa de tus costados lo aprendas, parlanchín de profeta, por ellos te meteremos nuestras espadas, juntamente con esos israelitas protegidos de Jehová. ¡A ver!—continuó—atarle á un árbol y entregádsele á los de Bethulia.

Dicho y hecho; que Holofernes no admitta réplicas. Atado y abandonado Achior le recogen los betuliotas á quienes contó lo que le había pasado con Holofernes, lo cual les hizo caer los pelos del sombrero, y después de mucho rezar, decidieron entregarse á los cinco días.

Así lo hubieran hecho aquellos gallinas con pantalones, si la providencia de Dios no les hu-

biese deparado una paisana, la señora de Manasés, viuda Judith, que era un verdadero gallo con faldas.

Ya he dicho que llevaba tres años y medio de viuda. El Espíritu Santo añade que era muy guapa, y que su marido la había dejado una buena herencia. Digo que no creo lo de guapa, por más que la pinten así, y luego encalabrine á Holofernes. Y no lo creo en virtud de mi derecho natural de meterle la rebaja del Tío Paco á las narraciones bíblicas, que todas las heroínas las pintan guapas, y supremamente porque ya tengo dicho que Judith es para mí una Judith de pega, y así como el que la inventó la inventó bonita, porque hacía á su cuenta, yo la pinto fea, porque conviene á la mía: que no sólo los escritores teológicos han de abusar de la imaginación.

Judith, pues, que se había hecho una especie de garita en la azotea, en donde se pasaba la vida con sus criadas (esta señora no tenía hijos, rasgo de una silueta de marimacho) tan pronto como oyó desde el tejado que iban sus acobardados paisanos á entregarse al quinto día, temerosa quizá del saqueo y violaciones consiguientes, determina anticiparse al peligro y llamó á los vejetes Charmi y Chabri, á quienes anuncia, así como á Ozochias, que hace de jefe de la ciudad sitiada, que ha tomado una grande resolución y va á realizarla, para lo cual necesitan salir secretamente de la ciudad y volver á ella de la misma manera.

Ozochias, persona de buenas palabras, como suelen serlo todos los que toman la resolución que él tomó, de rendir la ciudad, en vez de decirle: «¡Anda! y que la Magdalena te guie» contesta á la viuda: «vete en paz, y el Señor sea contigo para venganza de nuestros enemigos.»

Esto de que sea Dios el que los vengue de sus enemigos es muy común entre los cobardes, á

quienes dejaré descansar y pasar hambre y sed en la ciudad, mientras sigo á Judith al campamento de los asirios, donde la primera persona de calidad con quien topa, afortunadamente para su proverbial castidad de viuda, es un eunuco.

LXXVIII

Vagao, en efecto, no es el nombre propio del eunuco de Holofernes, sino el genérico, entre los persas, de la que pudiéramos llamar especie artificial, no obra de la Naturaleza, sino producto de la maldad y depravación humanas.

Con este inofensivo ente genérico fué á topa Judith, después de varias peripecias con los centinelas; y él, cosa muy propia de su clase, el que recibió directamente el encargo de Holofernes de que le engatusara á la hermosa hebrea, para que—según la sencilla y expresiva palabra bíblica—consintiera espontáneamente en cohabitar con él.

Lo que Holofernes añade, en el versículo XI del capítulo XII, es de oro y jazmin, y demuestra que los persas eran gente con quien las señoras no podían impunemente andar en coqueteos. Véase las que gastaban estos súbditos de que fueron los Jerges y Artajerjes.

«Porque es cosa fea entre los asirios—dice Holofernes á Vagao, para justificar la comisión de engatusamiento que le había confiado—es cosa fea que una mujer se burle de un hombre, procurando pasar de largo, sin que él haga nada con ella.»

Esto me deja presumir que Judith, durante los cuatro primeros días de su estancia en el campamento asirio, no había cesado de hacer morisquetas á Holofernes, con apariencias *non sanctas*. La presunción se hace veheméntísima, si se considera además, que antes de salir de Bethulia, se había quitado los pingos y cilicios que de ordinario usaba, se había lavado cuida-

dosamente el cuerpo, se había echado pomadas y aceites por todas partes, y se había encasquetado los trapitos de cristianar, poniéndose tan guapetona que los centinelas y capitanes, considerándola *bocatto di cardinale*, se apresuraron á reservársela á su general en jefe.

¡Lo que hace una mujer *experimentada* para servir á Dios con degollación del prójimo!

Vagao (el eunuco) entra en el apartadillo de la tienda donde había Holofernes mandado alojarle á Judith en compañía de la criada que la viuda había traído consigo, y de sopetón le dice:

—«No tenga recelo *la buena* moza de entrar á mi señor, para que sea honrada en su presencia, y comer con él, y beber vino con alegría.»

Judith, que no debía estar deseando otra cosa, que entrar á Holofernes, haciéndose la gatita mansa, contesta:

—«¿Quién soy yo para oponerme á mi señor? Haré todo lo que fuese bueno y pareciere mejor delante de sus ojos. Y todo lo que á él agradare, eso será para mí lo mejor todos los días de mi vida.»

Vagao debió quedarse un tanto admirado de la facilidad con que había desempeñado su alcahuetil encargo: yo de mi parte me admiro de lo cumplido y meleno que era el general Holofernes, que después de tener cuatro días á su lado una buena moza, que había determinado sacrificar, se andaba de noche con semejantes requilorios.

La escena subsiguiente es pornográfica. Hable, pues, el Espíritu Santo, que yo de pornografías no me hago responsable.

«Adornóse (Judith) con su vestido, y entró á presentarse delante de él. Y el corazón de Holofernes se conmovió: porque se abrasaba en deseos de ella.—Y la dijo Holofernes: bebe ahora, y siéntate á comer alegremente, porque has hallado gracia delante de mí.—Y dijo Judith: Beberé,

señor, porque mi alma ha sido hoy engrandecida más que en todos los días de mi vida.—Y tomó, y comió, y bebió...—Y Holofernes estuvo alegre por causa de ella, y bebió, con mucho exceso, cuanto jamás había bebido en toda su vida.—Y luego que anocheció, se retiraron con presteza sus siervos á sus alojamientos, y Vagao cerró las puertas de la cámara y se fué: porque estaban todos rendidos del viaje; y Judith se quedó sola en la cámara.—Y Holofernes estaba tendido en la cama, profundamente dormido por el mucho vino.»

Judith, que se ha quedado *sola* en un cuarto cerrado cuidadosamente por el eunuco, habla inmediatamente con su criada, sin duda por arte de encantamiento, pues aún no se habían inventado los teléfonos, y después se pone á rezar con toda la efusión de su alma, profundamente religiosa, á la manera israelita, que es la siguiente:

«Y dicho esto (la oración), llegóse al pilar, que estaba á la cabecera de la cama de Holofernes, y desató el puñal, que atado colgaba de él.—Y habiéndolo desenvainado, asió del cabello de la cabeza de él, y dijo: Señor Dios, dame esfuerzo en esta hora.—Y le dió dos golpes en la cerviz, y le cortó la cabeza, y quitó el mosquitero de los pilares, y echó por tierra su cadáver tronco.»

Lo sublime no conviene tocarlo, ya sea lo sublime tonto, como lo de Holofernes emborrachándose para pasar la noche con una buena moza, ya lo sublime criminal como lo de esta buena moza, ayunando, cubriéndose de cilicios y rezando por prólogo de su aleve y miserable asesinato.

Sigo, pues, mi cuento; digo, el cuento bíblico.

Así que de dos rifrafes corta la cabeza á Holofernes, Judith se sale de la habitación, entrega el sangriento despojo de su crimen á su criada,

y ambas se encaminan hacia Bethulia, donde todo se volvía canguelo y comentarios sobre su salida.

Al que se extrañe de que pueda una mujer matar impunemente á un general en jefe de un ejército de 150.000 hombres, sin que los sordos gruñidos de la víctima adviertan á nadie, y sin que nadie la detenga al bonitamente largarse, debo advertirle que esta observación, eminentemente librepensadora, está bastante bien prevista en el cuentecillo.

Judith, en efecto, había pedido que la dejaran por las noches salir al campo á rezar con su criada, y se le había otorgado esta extraña demanda; sus paseos nocturnos (fuerza de la costumbre de ¡cuatro días!) á nadie alarmaban, pues. Y si esto no te satisface, lector, haz lo que quieras; esto dice la *Biblia* y basta. Quien manda manda y cartucho en el cañón.

El Espíritu Santo sigue á Judith camino de su casa y luego vuelve á la tienda de Holofernes. Haré lo mismo yo, que no soy más que su anotador.

La viuda dice á los centinelas de la ciudad que vuelve con la salud de Israel, que la abran las puertas, y avisen á todo el mundo de su vuelta.

Todos los bethuliotas, en efecto, se congregan, y como era de noche cerrada, encienden luminarias. Digo yo que el cuadro tendrá que ver: apuesto á que con la prisa de levantarse, más de cuatro damas andarían en camisa, y más de veinte muchachos en pelota y desgrefñados.

Ante tan iluminado y despavilado auditorio Judith pronuncia una especie de sermón á lo cura de Santa Cruz, en que encarga cuidadosamente alaben todos la bondad inagotable de un Dios que la había inspirado y favorecido tan señaladamente en la comisión de un aleve y villano asesinato. Cuenta con la mayor frescura cómo le había cortado á Holofernes la cabeza, y

para que á nadie le cupiera duda, la agarra de los pelos, y á la luz de las antorchas la enseña con medio palmo de lengua afuera. Afirma, por último, que lo mejor de tal negocio era que no le había costado nada, esto es, que volvía tan limpia y perfumada como se había ido.

En vista de todo, principalmente de la cabeza de su enemigo, el pueblo grita amén; amén: alabado sea Dios.

Aquel Achior á quien Holofernes había dicho que le hundiría la espada en los ijares, cuando vio la cabeza del Asirio, sufrió un síncope, lo que me demuestra que, además de un buen historiador, era una persona sensible.

A este desmayo sigue la proposición que se acepta de Judith, de que al salir el sol los bethuliotas cayeran sobre el campamento asirio. Al amanecer, pues, ármanse los bethuliotas (cuatro gatos de habitantes de una imaginaria ciudad) y caen sobre sus sitiadores como una avalancha.

Los asirios, que eran 150.000 hombres, como si no tuviera su ejército segundo cabo ni coroneles, ni comandantes, ni nadie que pudiera disponer el rechazar una acometida, todos medrosos se dirigen á la tienda de Holofernes. Los que la guardaban, pensando piadosamente que lo que habian de ver, entrando de improviso, no podía ser muy edificante, procuraban hacer ruido á la entrada del departamento del general. Mas éste no despertaba ni se rebullía; que no estaba el pobre para estas bromas. Finalmente, compelido por los demás generales del ejército, Vagao penetra en la estancia de su amo. Comedido ó ruboroso, el eunuco, en vez de dirigirse á la cama donde suponía á la buena moza hebrea, comienza á dar palmadas, mas como no sintiese ruido, corre al fin la cortina, y...

Ante el horrible cuadro, el lecho revuelto, el mosquitero echado en un rincón, el tronco de

Holofernes tendido en el suelo en un charco de sangre, el eunuco comienza á dar gritos.

Un inconcebible pánico se apodera de chicos y grandes en el campamento al saberse la noticia. Y allí fué Troya. Quiero decir que todo el mundo echa á correr, muriendo como chinchas, á filo de las espadas israelitas.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Porque lo de que el marimacho de Judith vió en honesta viudez una porrillada de años, que se hizo aún más rica de lo que era con el botín que la correspondió del saqueo del campamento asirio y que compuso un romance, no son más que añadiduras de rúbrica en estas gerigonzas de leyendas bíblicas.

Por el fundamento de ella más ó menos probable, no preguntes, hasta después de averiguarlo el hecho histórico en que se apoya el romance en que el Cid da de puntapiés á la silla de marfil del Rey de Francia á presencia del pontífice romano, ó quien fué el médico que embalsamó el corazón de Durandarte, que envuelto en unos trapos tantos años conservó la señora Belerma.

LXXIX

EL LIBRO DE ESTHER

He sostenido que la fabulosa Judith, degolladora del no menos fabuloso Holofernes, no pudo menos de ser un marimacho. De la misma manera, en virtud de los mismos derechos, apoyado en las mismas razones, afirmo, sostengo y digo que Esther, la legendaria Esther, indudablemente sería una bellísima y graciosa muchacha, que yo para mí quisiera.

De su existencia y peripecias nos da noticias un librito bíblico de pocas páginas que nadie ha podido averiguar hasta el día de hoy quién le escribió, ni dónde le escribió, ni cuándo le escri-

bió, ni siquiera para que le escribió, si para ser representado, ó para ser cantado ó para ser bailado. Tal vez hubiese algo de todo esto, porque como argumento de ópera no tiene precio. Gracias sean dadas por los libretistas al Señor Espíritu Santo, á quien, así los doctores de la infernal Sinagoga que crucificó al Cristo, como los del Santo Concilio de Trento, que de haberle podido resucitar lo hubiesen hecho, echaron el mochuelo de la confección de esta historieta un tanto erótica y patibularia.

La cual sucedió en tiempo del Rey Asuero, que tú, lector, podrás decir quien fué, pues yo, esta es la fecha que no he podido averiguar que exista en la lista de los reyes de Persia uno con nombre tan oliente á requesón como éste, que tan bien provisto estaba de mujeres.

¡Carambita con el Rey!—Tenía su mujer como Dios manda á todo el mundo, menos á los curas, á quienes, él sabrá por qué, tiene mandado todo lo contrario: tenía su mujer, digo, que era sumamente linda, y se llamaba Vasthi, nombre un tanto cursi y pedestre para una reina consorte, que por esto del consorcio reinaba, aunque no gobernaba, según la teoría constitucional, sobre 127 provincias, desde la India á la Etiopía, que es un pedacito de tierra regular, así como quien dice de Carabanchel de Arriba á Carabanchel de Abajo.

Este Rey ignaro, que tantas provincias dominaba, se permitía cuchipandas monumentales, que el Espíritu Santo, con los resabios andaluces que de continuo le aquejaron, describe tan al vivo, que ganas dan de volverse príncipe persa para tomar parte en ellas. Por espacio de ciento ochenta días nada menos tuvo de banquete en festín á todos los príncipes de todas estas provincias y á sus oficiales por añadidura; y aún no harto de jolgorio, concluido que hubo con los banquetes de príncipes, hizo uno de siete días

cabales á todo el pueblo de su capital, desde el mayor al más chiquito. El Espíritu Santo, para que ningún hombre sensato deje de dar fe á sus palabras, añade una descripción del lugar de la fiesta que no hay más que pedir. ¡Hasta las camas son de oro!

¡Qué barbaridad!

Tras los ciento ochenta días de banquetear con los príncipes y los siete de banquetear con el pueblo, la cabeza del pobre Asuero estaba hecha una devanadera.—¡Quieres que escriba borracho? Pues ya está escrito, con perdón de su majestad persiana. Estando, pues, borracho perdido, Asuero manda un recadito de atención á su mujer, la reina Wasthi, para que se presentase en el banquete, con objeto de que todo el mundo pudiera ver lo rebonita que era.

Wasthi, que debía tener un poquito más de vergüenza que el borrachón de su marido, á pesar de una orden conminatoria del monarca, no quiso darse en espectáculo delante de tanto bárbaro lleno de mosto. Con lo cual Asuero se emberrenchina, llama á sus sabios (valientes sabios estarían ellos) y los consulta sobre el caso. *Mamuchan* le aconseja repudiar á Wasthi y expedir un decreto que, en efecto, se expidió, para que de allí en adelante en toda casa de Persia mandasen los pantalones y obedeciesen las faldas. ¡De tan remota antigüedad y de tan mostosa ocasión procede, según la *Biblia*, que la mujer esté supeditada al marido! ¡Por supuesto, la que lo está, que de más de cuatro sé yo que los hacen andar de coronilla y los llevan de los cabezones!

Los sabios que esto habían aconsejado, consecuentes en su sabiduría, ordenaron que por todas las 127 provincias de Persia se enviasen *personas que vean muchachas hermosas y vírgenes, y las traigan á la ciudad de Susán y las pongan en la casa de las mujeres, en poder del*

eunuco Lgeo, que está encargado de la custodia de las mujeres del rey: y reciban los atavíos mujeriegos, y lo demás que hubieren menester. Y aquella que entre todas agradare á los ojos del rey, esa reine en lugar de Washi.

La Biblia, con su proverbial sencillez, añade: y pareció bien al rey esta proposición. ¡Pues digo si le parecería bien! El que me niegue que estas siete palabras, cuando menos, están dictadas por la eternal sabiduría, capaz sería de negar que Martos pudiera muy bien gastar patillas, en el caso, no del todo improbable, de que le brotase la barba.

Con la cual, no lo dudo, haría un presidente del Congreso monárquico más respetable, que cuando lo fué de la Asamblea republicana.

¿Pero á qué me habré acordado yo de Martos, al hablar de las mujeres que le buscaron al rey Asuero?

Reflexiona un poco, lector, y dime en conciencia: ¿Qué te parece de los comisionados que salieron á recaudar muchachas hermosas y vírgenes por las consabidas 127 provincias? ¿Qué del eunuco Lgeo, que recibió toda esta caterva de hermosuras? ¿Qué de los tiempos aquellos en que al padre que había gastado veinte años en educar una hija, le entraba de rondón un comisionado regio que bonitamente se la llevaba, para ver si le agradaba á Asuero? ¿Qué de éste? ¿Qué de sus sabios? ¿Qué del libro que todo esto nos cuenta, obligándonos á tenerlo por artículo de fe? ¿Qué de la te? Pero... no me lo digas: cállatelo, ó cuéntaselo al primer católico que topes.

Como la infamia engendra infamia, hasta honrados se creían los padres, honradas las hijas, y hasta los parientes de éstas, cuando los abastecedores del rey echaban el gancho á una buena moza.

Por que Mardoqueo, tío de Ester, judío de nación, ninguna pena sintió de que su sobrina for-

mara en el rebaño destinado á Asuero, antes por el contrario, más tieso que un tudesco se paseaba calle arriba, calle abajo, frente al palacio en que su pobrecilla sobrina esperaba el turno riguroso que se guardaba con las recolectadas *ad usum delphini*.

Véase cómo pasaba la cosa, según el sacratísimo libro.

«Y cuando llegó el tiempo en que cada una de las doncellas por su orden debía ser presentada al rey, concluidas todas las cosas, que correspondían á su adorno mujeriego, iba ya corriendo el mes duodécimo: por cuanto por seis meses se unguían con óleo de mirra, y por otros seis usaban de ciertos afeites y aromas.—Y cuando habían de entrar al rey, les daban todo cuanto pedían conveniente á su adorno; y ataviándose á su gusto, desde la habitación de las mujeres pasaban á la cámara del rey.—Y la que había entrado por la tarde, salía por la mañana, y de allí era conducida á otra habitación, que estaba al cuidado del eunuco Susagasi que tenía el gobierno de las concubinas del rey, y no podía volver más al rey, si el rey no la deseaba, y por su nombre la mandaba venir.

He querido copiar este largo trozo de literatura *espiritualmente* para que se convenza el lector de lo abominable que son en primer lugar los tiempos en que esto sucedía; después los gobiernos esencial y genuinamente monárquicos bajo que tenía lugar, y por último el Dios que en su apojío tales cosas consentía, y á sus elegidas, como la hermosa Esther, hacía pasar los malditísimos ratos que debió llevarse esperando la noche del turno para entrar al rey Asuero.

¿Qué en el infierno estará ardiendo como tantísimos otros reyes!

LXXX

La noche, pues, que la tocó su turno, Esther